

Este pequeño libro no mudará el estado de las cosas.

Dichoso si pudiera al menos, no enseñar sino llamar la atención hácia todas aquellas grandes cosas que sin cesar se combaten, y advertir á los que las aman que no deben descuidarse, ni desfallecer, que se ha hecho á Judas la última concesion posible, y que entre las fortificaciones que la generacion actual defiende contra la barbarie, la más elevada, la más sólida, la que es preciso sostener á todo trance, AUNQUE NO SE LA AME, es la muralla de la casa de Jesús.

## APÉNDICE

### Á LA EDICION ESPAÑOLA.

Estando yo en París, hubo junta general de accionistas de una de esas grandes sociedades que manejan muchos millones y lucran con el sudor de muchos hombres. Uno de los socios se levantó para pedir que se arreglaran las cosas de modo que los numerosos dependientes dispusieran, siquiera por turno, de algunos dias festivos, y pudiesen acordarse de que tienen alma.

Apenas se habian pronunciado estas ó parecidas palabras, cuando se levantó un clamor general diciendo: ¡Nada de Jesuitismo! ¡Que calle ese Jesuita! Donde se echa de ver que, segun aquel arcópago de doctores en tanto por ciento, es Jesuitismo recordarles á los hombres que tienen alma; es Jesuitismo guardar, aunque sea por tandas, el dia del



Señor. Y así, para librarnos del *odioso* calificativo de ¡Jesuitas! deberemos, enemigos del cielo y de la tierra, negar á la Divinidad lo que ningun pueblo del mundo le ha negado, y decir que los hombres no tienen alma, á lo ménos los pobres, y que no somos otra cosa que ranas grandes, como lo descubrió el ilustrado Sant-Hilaire, ó hijos de los monos, segun place á algunos sábios de nuestros tiempos.

Los que no somos Jesuitas, tenemos de recho á protestar contra la sentencia de los Epulones parisienses, así como los hijos de San Ignacio podrian agradecerles el que vincularan en la Compañía de Jesús la profesion de unos dogmas que son propios, no solo del Jesuita y del Sacerdote y del cristiano, sino de cualquier hombre, esté ó no bautizado, sea civilizado ó salvaje, excepto los avaros empedernidos, que tienen el corazon de bronce y la cabeza de estuco.

¿Qué es, pues, un Jesuita?

M. Paul Féval da la respuesta en la página 135; pero los accionistas susodichos lo entendian, al parecer, muy de otra manera: y como los grandes errores suelen ser la desfi-

guracion de grandes verdades, veremos cómo tenían razon en parte.

Y ciertamente, Jesuita es de piés á cabeza todo «hombre que tiene la fé de Cristo, que profesó en el Bautismo,» es decir, todo cristiano, pues entre Jesuita y cristiano no cabe más diferencia que entre discípulo de Cristo y discípulo de Jesús. Lo cual, aunque parezca perogrullada, encierra una leccion provechosa.

Frecuentemente se ataca á los Jesuitas y al Clero en general como si fueran de otra religion, y aún de otro país y de raza diferente. ¡Cuántas veces nombran en son de injuria á la raza Sacerdotal! Pues no, señores: no hay tal raza, ni cosa que se le parezca. El Clero y los Jesuitas son compatriotas vuestros, salidos de vuestros pueblos, miembros de vuestras familias é hijos de vuestras madres. Vosotros sois unos Jesuitas imperfectos, y los Jesuitas son unos cristianos que han dejado todo lo del mundo por encaminarse á la perfeccion.

Antes de hacer esta locura, eran ellos hombres como vosotros, y vestian lo mismo que vosotros, y tenían las mismas costumbres, ó



mejores, ó tal vez peores, aunque no es esto lo regular. Vosotros podreis vestir mañana la humilde sotana de San Ignacio; y os advierto, por más que os dé risa, que segun los muchos casos que se han visto y se ven, nadie puede decir: «De esta agua no beberé.»

Solo que si sois malos, teneis que enmendaros y haceros buenos; si sois buenos, teneis que haceros mejores; y si sois exceleutes, teneis que llevar á cabo un acto de extrema-  
da valentía; que no basta con mediana para dejar por siempre jamás los bienes y la pátria, y los amigos y la familia, y arrojarse ciegamente en brazos de la pobreza, que es una virtud cristiana, y de la castidad, que es una virtud angélica, y de la obediencia, que es una virtud divina; habeis, en fin, de acostumbra-  
ros á tener «boca de pobre, rodillas de camello y espaldas de jumento.»

Con esto seriais más Jesuitas que hoy, ó digamos, mejores cristianos que al presente.

De donde ya se comprende lo que querian decir aquellos pobres ricachos de París; su verdadero grito era: «¡Nada de Cristianismo!» Solo que diciendo: «¡Nada de Jesuitismo!» hacian á la Compañía de Jesús la merecida hon-

ra de ser, como otras mil veces, el Cirineo de Cristo.

Pero, propiamente, ¿qué es un Jesuita?

Es un hombre que rompe con el mundo, con el demonio y con la carne, para entregarse de todo á Jesús, sin reservarse nada para sí mismo, ó mejor dicho, sin reservarse nada de sí mismo; es un hombre que busca á Dios, y solo á Dios, por el camino seguro que con admirable prudencia, divinamente infusa, le señaló San Ignacio de Loyola; es un cristiano, que no solo renuncia á todo lo que tiene y á lo que podría tener, sino á todo lo que es, que acepta por pátria todo el mundo, por familia á todos los hombres, por amigos á todos los que no le conocen ni le quieren, y trueca su voluntad por la voluntad de su superior; y cuando de este modo se ha negado á sí mismo, no toma ninguna cruz, no hace más que inclinar la espalda para que le echen encima cuantas quieran, dispuesto á seguir con ellas á Jesús, no á paso lento, sino corriendo; no tan solo por los caminos llanos y conocidos, sino por los más ásperos, en que no se haya sentado nunca la huella de otro hombre.

El Jesuita es un hombre sin voluntad pro-



pia, porque se la ha entregado toda al superior: ¡pero qué maravillosos actos de energía; qué voluntades tan gigantescas; qué predominio del espíritu sobre la materia se vé en esos hombres despojados de su propia voluntad! El Jesuita se aniquila, es un cadáver; pero repetiremos la magnífica frase que M. Paul Féval pone en boca de San Ignacio: «¡Y cualquiera que ataque la Religion de Cristo, verá cómo se mueven esos cadáveres!»

Todos los han visto y los ven moverse; los amigos con admiracion, los enemigos con asombro. Casi antes de existir la Compañía, llenaba el mundo, y atendia á todo, y bastaba para todo. Es admirable por lo que ha hecho, y más admirable por lo que ha padecido. La Compañía de Jesús tiene las bendiciones de la Iglesia y la aprobacion solemne de la sinagoga de Safanás.

Cuando uno es bueno, fácilmente obtiene el testimonio favorable de los buenos, que no suele faltar al mérito ordinario. Lo grande es arrancar la aprobacion de los malos: esto revela un mérito extraordinario. Pero los malos no pueden hacerla limpia. Cuando los enemigos de la Iglesia os ofrezcan una corona,

echáos á llorar si la corona es de flores. No os honra como no sea igual á la que le pusieron á Jesucristo; no la acepteis como no sea de espinas. «Si fuérais del mundo, ha dicho el Señor, el mundo amaria lo que era suyo. Mas porque no sois del mundo, sino que yo os saqué del mundo, por eso os aborrece el mundo.» El timbre más glorioso, la apología más cabal de la Compañía de Jesús consiste en ser *siempre* el blanco preferente de las calumnias y de las iras de todos los enemigos de la Iglesia.

Pero ¿y la ambicion de los Jesuitas? ¿Y su deseo de dominar?—¡Ah! es verdad. ¿Dónde hay un hombre sin faltas? Es verdad que se oye á cada paso decir que se quieren alzar con todos los mandos é imponerse á todos los hombres.

Mas alguna excusa tienen en la carta que San Ignacio escribió al rey D. Fernando, diciéndole entre otras cosas: «El mayor beneficio que Vuestra Majestad puede hacernos, el favor que más agradeceremos es que nos deje seguir sincera y fielmente el camino de nues-



tra profesion. A la cual entendemos que los honores le son tan contrarios, que, terminantemente y en conciencia lo declaramos, echándonos á imaginar qué cosa podria acabar con esta Orden, no conocemos ninguna más funesta que la aceptacion de los obispados..... En la conservacion del espíritu primitivo está el alma de las congregaciones religiosas..... Esta pequeña Orden ha hecho adelantos con el ejemplo de la santa humildad y pobreza..... Mas no es menester acumular razones; á vuestra clemencia nos acogemos, y seguros de que con estos honores se arruinaria nuestra Compañía, por la sangre de Jesucristo suplicamos á Vuestra Majestad que, segun lo muy benigno y religioso que es, aparte de nosotros tales peligros.»

Esta carta la escribió el Santo como último recurso, que por cierto fué eficaz, á instancias de sus hijos que se veian amenazados de mitra, y como desesperados, viendo que no la podian evitar, pues el rey estaba empeñadísimo y el Papa decidido y los Cardenales lo mismo.

Puede tambien escusarse la ambicion de los Jesuitas con decir que el Padre Orlandino, al

exponer (1) las razones por que la Compañía de Jesús huye de toda clase de honores, no pone más de catorce; que si pusiera veintiocho ó cincuenta y seis, harian doble ó cuádruple fuerza, y los Jesuitas no tendrian sino la mitad ó la cuarta parte de ambicion y sed de mando que al presente.

Es un fenómeno curioso la tenacidad de la calumnia en su lucha contra la evidencia; así descubre su procedencia diabólica, pues no hay cosa semejante sino en la eterna inmovilidad del diablo en el mal: siempre aplastado por Dios, y siempre en actual rebeldía contra Dios.

Amigos y adversarios reconocen y admiran el saber de los Jesuitas; ni amigos, ni adversarios ven á los Jesuitas en los altos puestos que ocupan generalmente otras personas mucho menos competentes; sin embargo, se repite hasta causar fastidio que los Jesuitas quieren acapararlo todo, y hay millones de hombres que se enojarán contra el que les llame la atencion sobre el mal papel que hacen presntándose á ser compañeros de la calumnia.

(1) *Hist. Societ. Jesu*, par. 1 lib. 6. núm. 36-52.



En los años 69 y 70, la voz augusta de Pio IX, llegando hasta los cuatro puntos del globo, reunió junto al sepulcro de San Pedro á toda la gerarquía eclesiástica. ¿Cuántos Jesuitas habia en el Colegio de Cardenales? Ninguno. ¿Cuántos se sentaban en el escaño de los Patriarcas? Ninguno. ¿Cuántos eran Arzobispos? Ninguno. ¿Cuántos habia en aquellas largas filas de Obispos, que se estendian como los brazos de la Iglesia? Sí habia: habia dos ó tres ó cuatro Obispos Jesuitas, y por más señas con barbas. Eran de esos apóstoles modernos que trasladando más allá las fronteras de la civilizacion, rigen con heróico trabajo las cristiandades que ellos mismos han fundado. Y cuando los civilizados de acá abrieron á cañonazos la puerta Pia, los Obispos Jesuitas se volvieron al extremo Oriente, ó á los desiertos de Africa, ó á los bosques de Oceanía, y allá siguen haciendo prodigios que solo Dios conoce y recompensa, si á estas horas los pobres salvajes no han tenido la desgracia de comerse á sus bienhechores.

Quando la sangre de los mártires haya convertido las hordas antropófagas en pueblos cultos y los peligrosos bosques en cómodas

ciudades, irán entonces los periodistas y los desamortizadores, y despues de robar á los nuevos cristianos sus almas y sus bienes, repetirán muy formales la eterna cantinela sobre la ambicion y avaricia de los Jesuitas.

La ambicion del Jesuita se concentra en no ser más que Jesuita. Hoy, como siempre, hay Jesuitas eminentes, oráculos de la ciencia: mas no preguntéis dónde se han doctorado. Todos sus títulos se reducen á una S y una J. Pero ciertamente, cualquier Jesuita necesita tener gran fuerza de humildad para soportar sin estrellarse el peso enorme de gloria que esas dos iniciales simbolizan.

La clave de esa acusacion está, sin duda, en el voto con que los Jesuitas se obligan en la presencia de Dios á no buscar honores ni dignidades de ningún género, ni dentro ni fuera de la Compañia, ni por medios directos ni indirectamente, y aún á desechar y denunciar los que les confieran, á no ser que la fuerza incontrastable de la obediencia les obligue á aceptarlos. ¿No es esta suficiente explicacion?

Ese voto admirable bien merece por parte del diablo el homenaje de la calumnia.



Al ofrecer á España este libro precioso en que tan espléndidamente brilla la gloria inmortal de San Ignacio y de sus hijos, regocijase el corazón español, considerando que el capitán Iñigo, fundador providencial de esta Santa Compañía, nació en el caserío de Loyola, en el corazón mismo de las nobles montañas del país vasco, y sintió y aceptó su vocación en el castillo de Pamplona, y la confirmó y selló en la gruta de Manresa, saliendo de España el fuego cuyos resplandores iluminaron el mundo, y cuyo calor lo preservó de la frialdad mortal de la herejía.

Español fué el fundador, españoles casi todos sus compañeros, españoles los primeros generales de la Orden, españoles la mayor parte de sus miembros más ilustres. Ignacio de Loyola, Javier y Borja, Lainez y Salmeron, Nadal y Bobadilla, Araoz y Torres, Polanco y Tirso Gonzalez, Rodriguez y Lapuente, Suarez y Vazquez, Lugo y Valencia, Toledo y Maldonado, Mariana y Ripalda, Hervas y Juan Andrés, y otros ciento y otros mil; ¡bendita sea la tierra en que nacisteis! ¡Qué alegría se siente al nombrar con apellido español á tantos y tantos de esos sábios admirables, de

esos apóstoles modernos, de esos santos portentosos, de esos héroes legendarios, cuya vida real es una epopeya mil veces más interesante que las inventadas y compuestas por los poetas!

M. Cretineau-Joly escribió una *Historia de la Compañía de Jesús*: M. Paul Féval nos dice que está escribiendo una *Historia general de los Jesuitas*. No dos, sino veinte debieran haberse escrito en España y por españoles. Verdad es que el carácter español se acomoda más á obrar que á hablar, más es llevar á cabo grandes cosas que referirlas, y no es afrenta que nuestros antepados hicieran hazañas memorables y que los extranjeros las celebren en sus historias. ¿Pero no sería bueno que se escribiera una historia particular de la Compañía de Jesús, donde para honra de España ocuparan el debido lugar los Jesuitas españoles más insignes, y para confusion de la calumnia se hiciera ver lo que la Compañía de Jesús hizo en nuestra patria, y en desagravio de la inocencia ultrajada se refriera con abundancia de datos lo que los hijos de San Ignacio han padecido entre nosotros y por nosotros, especialmente cuando un acto de tira-



nia brutal los expulsó de todos nuestros dominios?

Sobre este suceso, que más aún que una gran iniquidad fué una gran desgracia para España, el libro de Féval pasa demasiado rápidamente, si se compara con la extensión que concede al relato de las hazañas sanguiarias de Pombal. Bien es verdad que en cualquier exposicion de fieras más llamaría la atención un solo tigre que una docena de ratos. Y puesto que ahora ya no es *reo de lesa majestad*, como en tiempo de Carlos III, el que hable ó escriba de sus *benignas* providencias relativas á los Jesuitas, parece oportuno decir algo para rectificar y completar lo que M. Paul Féval escribe en las páginas 350-370.

Urdido por los revolucionarios franceses el plan de acabar con el altar y el trono, trataron desde luego de introducir la division entre estos dos grandes elementos sociales. La Iglesia no podia caer en la red; y por lo mismo se le acusó de mermar las prerogativas de los monarcas y de favorecer las doctrinas regicidas. Cayeron, sí, en ella los reyes uno tras

otro, y parece haber sido sino fatal de los Borbones el entregarse á merced de sus enemigos.

Comenzó por el ataque contra la Iglesia á nombre del regalismo: los espíritus previsores pudieron desde entonces, sin ser profetas, vaticinar la ruina de los tronos.

Todo ataque á una fortaleza empieza por los puestos avanzados. Por eso sufrió los primeros tiros la ínclita Compañía de Jesús, que no deja nunca la vanguardia del ejército de Cristo. ¡Ay! el enemigo que entonces embestía á los primeros centinelas, ha penetrado hasta el corazon mismo de la Iglesia, y hoy tiene al Papa aprisionado en el Vaticano.

En España no pudieron hacer nada ostensiblemente durante el reinado de Fernando VI, ni mientras vivió la reina madre, doña Isabel de Farnesio. Pero Carlos III habia tenido de ministro y mentor en Nápoles por más de veinte años á Bernardo Tanucci, enciclopedista decidido, que despues vino á ser el Pombal de las Dos Sicilias. La elevacion, pues, de Carlos al trono de España, ofrecia una ocasion que los conjurados no desperdiciaron.

Pronto el monarca se vió rodeado, ó más



bien, entre las garras de los Aranda, Alba, Roda, Campomanes, Moñino y otros tales; le pusieron por confesor al Padre Cleto de Osma, ardiente anti-jesuita y bien escogido instrumento para el complot (1), *provelianse las mántras de España é Indias en desafectos á los Jesuitas*, é hicieron con el rey lo que en casos análogos harán eternamente todos los intrigantes sin conciencia, que es estudiar el flaco de la víctima, y adulándola y llevándole el genio, convertir el flaco en gordo.

Cárlos III seria tan ilustrado como le quieran pintar; mas es lo cierto que lo engañaron como á un chino; y una vez con la venda en los ojos, lo despeñaron por los precipicios de la arbitrariedad más inconsiderada. Tampoco puede admitirse que tuviera simpatías á los Jesuitas. El augusto discípulo de Tanucci no las demostró nunca: la quema de los libelos

---

(1) De él decia el mismo Tanucci: «Desconoce absolutamente la historia, la crítica eclesiástica y la doctrina de los Santos Padres: tales son las cualidades negativas del confesor del monarca. Por esto ya afirma, ya niega, ya aprueba, ya rechaza, ya aplaude, ya censura.»

de Pombal por mano del verdugo, tiene otra explicacion.

Probado está con testimonios de herejes, que los *filósofos* de Cárlos III fingieron cartas jesuíticas que infamaban á su madre; es decir, que para perder á la Compañía, explotaban la honra inmaeulada de una reina virtuosa y el amor filial del rey. Buen plan si no fuera infame: le ponian loco de furor contra los Jesuitas, y le inducian á que por el buen nombre de su madre guardara inviolablemente en su real pecho los motivos de su rigor.

En cuanto al motin de los sombreros, ó contra Esquilache, no es tampoco exacto que se atentara contra la persona del rey, ni que este se retirara á Aranjuez *protegido con trabajo por sus guardias valonas*. ¡Qué diferencia entre aquel tumulto y los que se ven en estos tiempos! Tambien debemos rectificar la idea de que *el motin fué sofocado por los Jesuitas, y que la multitud los acompañó en triunfo hasta sus casas, gritando: ¡Vivan los Padres!* No hubo nada de eso. Mejor que los autores extranjeros, á quienes sigue M. Féval, sabia estos detalles el testigo presencial Padre Ceballos, honra de la Religion geronimiana, el cual,



rebotando indignacion, escribe lo siguiente:

«Todos saben que el personaje más solícito y entremetedor que aquella mañana estuvo haciendo el magisterio de palacio, fué el Padre Osma (el susodicho confesor del rey) y su delegado el Padre Cuenca.... En fin, terminó la cosa, conformándose S. M. con la consulta del Consejo Real en pleno, que proponía separar á los ministros extranjeros; aunque solo apartó de su lado al marqués de Esquilache, moderando al mismo tiempo el precio del pan.... Así se habría acabado desde la primera hora si el rey hubiese estado bien informado, *sin la ignominiosa intervencion de dos frailes faccioseros.*

»Acabada esta escena con vivas y aclamaciones, salieron en procesion devotos y estandartes del Rosario, con imágenes de Nuestra Señora rezando por las calles públicas varias gentes (los más no pertenecian á los gritadores) en accion de gracias por la tranquilidad.»

Y más adelante añade:

«¿Qué importa que vosotros, adadores impios y ciegos, hayais alterado unos hechos y trocado otros, si á vosotros mismos hará palpitár el corazon esta relacion mia? ¿Qué se

me da á mí de vuestra obstinacion en desacreditar al soberano *de la nacion más fiel y más sumisa de la tierra*, y en perseguir y destruir á tantos inocentes, si todos los españoles os vemos como hidras enfurecidas contra la salud comunal? Acaso alguno despertará al benigno rey del involuntario letargo en que le ha sumergido el beleño de vuestras astucias.»

Cuando despues este motin se quiso achacar á los Jesuitas (1), y por todos los medios de que el poder supremo dispone se buscaron testimonios contra ellos, apenas se pudo encontrar quien declarase que *en la noche del alboroto andaba disfrazado un hombre que se parecia al Padre Isidro Lopez*. Tan lejos está la intervencion pacífica ni tumultuaria de los Jesuitas, y tan equivocada es la especie de que ellos sofocaran el motin, y que el pueblo amotinado los llevó en triunfo hasta sus casas.

Pero si no intervinieron en el motin en ningun sentido, sufrieron sus consecuencias: si

---

(1) No se olvide que el duque de Alba declaró al fin de sus dias que él lo había promovido con este fin.



no fueron ni héroes ni reos, pagaron toda la pena.

Con ocasion ó pretexto del motin se abrió una pesquisa reservada, especie de inquisicion de contrabando, ejercida por gentes *ad hoc*. Verdad es que no se hizo la menor pregunta á ningun Jesuita ni se les dió ocasion de defenderse. Pero ¿cuántos no serian sus crímenes cuando se les pudo acusar de los siguientes!

Que algunos españoles doctos se habian mostrado contrarios ó recelosos de los Jesuitas.

Que San Francisco de Borja, como General de la Compañía, manifestó ciertos temores por ciertos privilegios.

Que el General Cláudio Aquaviva, adoptó cierto plan de estudios que abria la puerta á ciertas doctrinas algo laxas.

Que el Padre Molina se separó de San Agustín y Santo Tomás.

Que un Jesuita francés llegó á dudar de la Sagrada Escritura, y otro tambien extranjeró enseñó doctrinas anti-trinitarias.

Que en el Malabar y la China habian sostenido los ritos gentílicos y desobedecido á las

decisiones pontificias, y que habian perseguido á los Obispos y á las otras Ordenes religiosas.

Que en Europa habian sido el centro de todos los tumultos, rebeliones y regicidios habidos y por haber, como lo habian fallado los tribunales más solemnes (Pombal y Choiseul).

Que el Padre Mariana y dos más no estaban conformes con el método de proveer los cargos en la Compañía.

Que las máximas del Instituto hacian diametral oposicion al derecho natural y al divino, y al canónico y al civil (nada más).

Que no hacian maldita la falta por acá.

Que menos falta hacian en las misiones; puesto que en Chile toleraban las supersticiones gentílicas, y en Filipinas y en todas las Indias se alzaban con la soberanía y rebeldaban á los indios contra S. M. poniéndose al frente de los ejércitos rebeldes.

Que ellos mismos, en su correspondencia íntima (fabricada en Madrid), confesaban el abandono espiritual de la mision, y la profanacion del sigilo sacramental (¿tambien esto se lo creeria Carlos III?), etc., etc.

Que dos Obispos (recien nombrados) y un



fraile (famoso) estaban conformes en que se adoptara esta providencia de la expulsion, «y si habian convenido en la necesidad de ella SIN HABER VISTO MÁS QUE LAS OBRAS ANÓNIMAS EMPRESAS CLANDESTINAMENTE, ¿qué dirian,—se añade con cándida sencillez que cae como una lluvia de fuego sobre la frente de aquellas tres pobres personas eclesiásticas,—qué dirian actuados de tanto cúmulo sistemático de excesos de la Compañía?»

Dando por bien probados todos estos asertos, sin otros procedimientos legales, se fundó en ellos la sentencia, digámoslo así, de expulsion de todos los Jesuitas y confiscacion (por supuesto) de todos sus bienes, y Carlos III tuvo la desgracia de poner su firma en un documento sultánico.

¡Oh Dios mio! ¡Qué ininvestigables son vuestros caminos, y cómo sacais el bien de la malicia misma de los hombres, y haceis que os sirvan en aquello mismo en que os ofenden!

Ninguna corporacion del mundo ni ningun hombre han obtenido jamás de ningun tribunal un fallo absolutorio con tan favorables pronunciamientos como la Compañía de Jesús lo puede ostentar en ese alegato del Consejo

extraordinario. Despues de aquella tenebrosa pesquisa, pagada por el poder y dirigida por el ódio; despues de haber ocupado de improviso á todos los Jesuitas todos sus papeles comunes y privados, no se ha podido añadir una palabra más á esa sarta de acusaciones ridículas, que tan de relieve ponen el encono de los perseguidores, como la inocencia inmaculada de los perseguidos.

Por lo demás, ¿qué les importaba á los Jesuitas su prolongado martirio? Nunca el martirio fué un mal para los cristianos, aunque siempre será una afrenta para los verdugos. ¿Qué les importaba verse hacinados en buques de desecho, si sus ángeles de la Guarda irian repitiéndoles al oido: Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos?

El Vicario de Jesucristo rompió en amargo llanto, escribiendo al rey: «.....¿*Tu quoque fili mi?* ¿Tambien vos, hijo mio? ¿El rey católico Carlos III, que nos es tan amado, viene ahora á colmar el cáliz de nuestras aflicciones, á sumergir nuestra vejez en un mar de lágrimas y derribarla al sepulcro?.... Tememos y temblamos por la salvacion del alma de V. M.....



El instituto de la Compañía de Jesús es del todo inocente: no solo inocente, sino tambien pio, útil y santo, en su objeto, en sus leyes, en su máxima.»

Mas toda fué en vano: la Compañía fué proscrip-ta en todas partes, y luego comenzaron á crugir los tronos, y se volcaron, y cayeron al suelo los que en ellos se sentaban, y en larga procesion andan por el mundo cesantes, y sin oficio, por no haber aprendido bien el nobilí-simo que tenian de *ministros del reino de Dios*, y su expatriacion dura y durará más tiempo que la de los Jesuitas.

Entre tanto, los Jesuitas siguen trabajando como siempre, siempre en la brecha, tenaces en el sacrificio, «por honra y por deshonra, por infamia y por buena fama; como seductores, aunque verdaderos, como desconocidos, aun-que conocidos, como muriendo, y hé aquí que vivimos, como castigados, mas no amortigua-dos, como tristes, mas siempre alegres, como pobres, mas enriqueciendo á muchos, como que no tenemos nada, más poseyéndolo to-do» (1).

---

(1) 2. Cor. VI, 8-10

La persecucion no les cogió ni les cogerá nunca de improviso: sabian y saben que «to-dos los que quieren vivir piamente en Jesu-cristo, padecerán persecucion» (1).

J. T. A.

---

(1) 2 Tim. III, 12.